

CENTENARIO DE SU NACIMIENTO LOS TRENES DE KAFKA

EN febrero de 1979, VIA LIBRE investigó la personalidad y funciones desempeñadas en los ferrocarriles españoles por Alfred Löwy, tío materno de Franz Kafka, que el gran escritor llamaba en sus recuerdos el "tío Alfred" o el "tío de España" y que, entre otros cargos, desempeñó el de director administrativo de la antigua Compañía de Explotación de Madrid a Cáceres y Portugal y del Oeste de España.

Löwy (a quien no hay que confundir con otro Löwy, joven amigo de Kafka, muy citado en sus *Diarios*) trabajó en Madrid como ferroviario distinguido veinticinco años. Sus restos reposan en el patio de la Concepción de la Sacramental de Santa María, no lejos del puente de Toledo (ver VIA LIBRE, núm. 181, págs. 38-40). Alfred Löwy fue la persona que precisamente recomendó a Kafka para su ingreso en una compañía italiana de seguros.

Aunque por su naturaleza tímida y enfermiza y su condición de "burócrata" hizo una vida generalmente sedentaria enraizada en el corazón de Praga, Kafka realizó entre 1911 y 1912 varios viajes importantes por Europa. Y los hizo en tren. Para Kafka no tomar notas de sus impresiones viajeras era una especie de herejía. De estos viajes (Alemania, Francia, Italia) dejó fidelísimo testimonio en sus *Diarios*, que ocupa más de sesenta páginas (cito por la edición de Marymar, 2 vols., Buenos Aires, 1977) y se orienta fundamentalmente por reflejar rasgos precisos y originales de las personas con las que alterna y observa, base de ulteriores reelaboraciones narrativas, como ocurre con el primer capítulo de *Ricardo y Samuel*, concebido en 1911, un año viajero: "Considero especialmente logrado el principio de la descripción del sueño en el compartimiento".



F. Kafka (1883-1924)

La transición de los tiempos y las propiedades de cada perspectiva, diligencia-tren, aparecen en estas anotaciones: "Las observaciones de viaje de Goethe son diferentes de las actuales, que han sido registradas en una diligencia; con el cambio lento del paisaje se desarrollan más simplemente y pueden ser seguidas con más facilidad aún por aquel que no conoce la región. Aparece entonces una forma de pensar más tranquila, pastoral, por así decir. Como la región se ofrece intacta en su carácter pristino al viajero de la diligencia, y además los caminos devienen el campo mucho más naturalmente que los ferrocarriles, con los cuales se encuentran tal vez en la misma relación que los ríos con los canales, tampoco sufre ninguna violencia de parte del espectador, y éste puede

observar todo sistemáticamente sin esfuerzo excesivo. En consecuencia, hay pocas observaciones momentáneas, en general corresponden a los interiores, donde algunas personas brotan ante nuestros ojos repentina y desmesuradamente".

Como su compatriota el músico Dvorak, fanático de los trenes, según explicamos en artículo anterior, también Kafka mantenía estrecho contacto con el microcosmos de la estación en calidad de escuela literaria: "Casi todas las noches voy a la estación de ferrocarril; hoy, como llovía, durante media hora me paseé por el vestíbulo".

Cinco días más tarde —15 de diciembre de 1912— escribió a su tío Alfred, en Madrid, y no sería nada raro que cualquier erudito y venturoso día aparezca esta carta u otras en los polvorien-

tos y valiosos archivos —ahora en vías de remozamiento— de las extinguidas compañías de ferrocarriles.

Ya sabemos que los principales elementos creadores de Kafka están representados por el reconocimiento del absurdo lógico, la incomunicabilidad y el desasosiego de la conciencia de culpa como símbolo del origen y el destino oscuros, desgarrados, del ser humano. El proceso es una de sus novelas más significativas (la llevó al cine Orson Welles). Pues bien, en el relato inconcluso *Recuerdos del ferrocarril de Kalda*, incluido en sus *Diarios* (1914) y que sirve de homenaje profesional literaturizado en el centenario de su nacimiento, está ya de alguna manera prefigurada la esencia de *El proceso* y se insinúan los grandes temas de la soledad, el absurdo y la penuria del destino, constantes de la simbología kafkiana, en este caso, ambientadas en una desolada estación de la estepa rusa, plástico escenario para la soledad y el abandono.

Kafka se aburría de este relato y no lo terminó, pero la experiencia tuvo utilidad: "Empecé con tantas esperanzas, y los tres relatos me repelieron, hoy sobre todo. Tal vez me convenga realmente terminar. El proceso antes de seguir con el cuento ruso. Con esta ridícula esperanza, que evidentemente se basa en alguna fantasía inconsciente, vuelvo a empezar El proceso. No fue totalmente inútil".

Por su tío de España, por sus recuerdos de viaje en tren, por su costumbre de visitar casi todas las noches la estación y por *Recuerdos del ferrocarril de Kalda* —que publicamos a continuación— podemos considerar que Franz Kafka requiere la atención del medio, que de ninguna manera es ajeno a la formación de una personalidad influyente, profética y básica dentro de lo que propiamente se entiende por literatura moderna. ■ E. TIJERAS.

FRANZ KAFKA

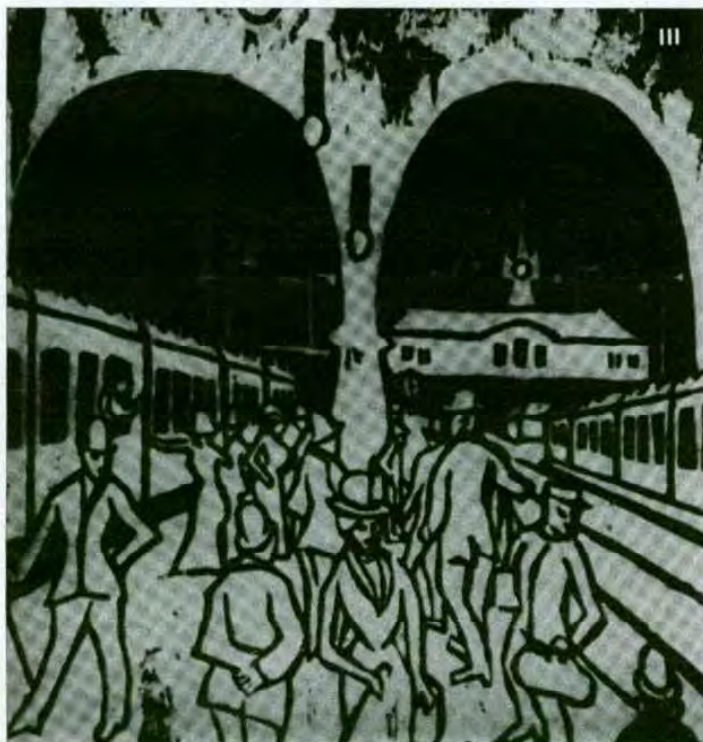
Recuerdos del Ferrocarril de Kalda

DURANTE cierta época de mi vida —ya hace cuatro años de eso— trabajé en un pequeño ferrocarril del interior de Rusia. Nunca me sentí tan abandonado como allí. Por diversos motivos, que no vienen al caso, yo buscaba en esa época un lugar como ése; cuanto más soledad sonara en mis oídos, más me gustaba, y por lo tanto no pretendo quejarme ahora. Pero los primeros tiempos añoraba un poco la actividad. En un principio, es posible que hubieran construido ese pequeño ferrocarril por motivos comerciales, pero luego el capital no alcanzó, la construcción se paralizó, y en vez de llegar hasta Kalda, el único pueblo cercano de alguna importancia, que de nuestro pueblo quedaba a unos cinco días de distancia en coche, las vías terminaban en un puesto pequeño en el medio mismo de un desierto, de donde se requería un día entero de viaje para llegar a Kalda. Ahora bien, aunque el ferrocarril se hubiera extendido realmente hasta Kalda, habría seguido siendo durante muchísimo tiempo una empresa poco provechosa, ya que el proyecto entero era un error; la región necesitaba caminos, pero no ferrocarriles; y de todos modos, en el estado en que se encontraba actualmente la línea, no servía de nada, ya que los dos vagones que iban y venían diariamente transportaban cargas que fácilmente habría podido transportar un carrito, y los pasajeros sólo eran algunos peones, en verano. Sin embargo, no querían abandonar totalmente la línea; pensaban que al mantenerla en funcionamiento, conseguirían atraer de algún modo el capital necesario para la continuación de las obras. Para mí, también esta esperanza más era desesperación y pereza que esperanza. Mantenían en funcionamiento el ferrocarril mientras hubiera material y carbón disponible; a los escasos obreros les pagaban irregularmente el sueldo, y no en su totalidad, como si hubiera sido una

caridad; en general, sólo se esperaba que la empresa se viniera de una vez abajo.

Es así como yo era empleado de este ferrocarril, y vivía en una casilla de madera, que había quedado allí cuando la construcción de la línea, y que al mismo tiempo servía de estación. Poseía una sola habitación, donde habían colocado una tarima que oficiaba de cama, y un escritorio por si había que escribir algo. Sobre éste estaba colocado el aparato telegráfico. Cuando yo llegué, en primavera, uno de los trenes pasaba por la estación muy temprano (luego modificaron el horario); a menudo ocurría que algún pasajero llegaba a la estación mientras yo dormía. Naturalmente, no se quedaba a la intemperie (las noches eran muy frías, aun en pleno verano); golpeaba, yo le abría,

y a veces nos pasábamos horas enteras charlando. Yo me acostaba en mi tarima, la visita se sentaba en cuclillas en el suelo, o preparaba té, siguiendo mis instrucciones; luego bebíamos juntos, amistosamente. Todos esos aldeanos demostraban ser muy sociables. Además, advertí que yo no era capaz de soportar una soledad total, aun sabiendo que después de un tiempo esa soledad que yo mismo me imponía había empezado a borrar mis desdichas pasadas. En general, comprobé que para la desdicha resulta agotador dominar incesantemente a un hombre solitario. La soledad es más poderosa que todo, y nos acerca nuevamente a la gente. Por supuesto, uno trata entonces de descubrir caminos diferentes, al parecer menos penosos, pero en realidad meramente desconocidos todavía.



LEGUE a sentirme más atraído por la gente que lo que había previsto. Naturalmente, mi contacto con ella no era muy regular. Las cinco aldeas con cuyos habitantes establecí cierto contacto estaban separadas entre sí, así como de la estación, por varias horas de viaje. No me atrevía a alejarme demasiado de la estación, porque hubiera podido perder mi empleo, y bajo ningún concepto quería perderlo, por lo menos al principio. Por tal motivo me era imposible ir a las aldeas, y debía reducirme a los pasajeros, o a aquellas personas que no temieran hacer un viaje tan largo para venir a visitarme. Ya durante el primer mes aparecieron algunas pero por más amistosas que parecieran, era fácil adivinar que sólo venían atraídos por la posibilidad de efectuar conmigo alguna transacción, y por otra parte no hacían nada para ocultar su propósito. Traían consigo diversos artículos, y al principio, mientras me quedó dinero, yo solía comprarles todo casi sin mirar lo que compraba, tan bienvenidas me resultaban estas personas, especialmente algunas. Más tarde, sin embargo, reduje un poco mis compras, entre otros motivos porque me pareció advertir que mi manera de comprar les inspiraba cierto desprecio. Además, también el ferrocarril me traía alimentos; pero eran malísimos y mucho más caros que los que me traían los aldeanos.

Al principio se me había ocurrido cultivar una huertita, comprar una vaca, y de ese modo independizarme de todos. Hasta había traído herramientas de jardín y semillas; tierra no faltaba, una vasta extensión inculta que se extendía alrededor de mi cabaña, absolutamente llana, sin la menor elevación hasta donde la vista alcanzara. Pero yo era demasiado débil para conquistar esa tierra. Una tierra obstinada, que hasta en primavera permanecía sólidamente congelada, y no se dejaba penetrar ni por el filo de

mi hacha nueva. Todo lo que uno sembraba en ella se perdía. Esta labor me provocaba ataques de desesperación. Me quedaba días enteros echado en mi tarima, y ni siquiera salía cuando llegaban los trenes. Sólo asomaba la cabeza por la ventanilla, que quedaba justamente sobre la tarima, y anunciaba que estaba enfermo. Entonces entraba a verme el personal del tren (que estaba formado por tres hombres), para calentarse un poco, aunque no encontraban demasiado calor, ya que yo trataba en lo posible de no encender la vieja estufa de hierro, que tan fácilmente explotaba. Prefería acostarme, envuelto en un viejo sobretodo abrigado, cubierto con una pila de pieles que poco a poco había ido comprando a los aldeanos.

—A menudo estás enfermo —me decían—. Eres una persona muy enfermiza. No saldrás vivo de aquí.

Claro que no lo decían para entristecerme, sino porque tenían la tendencia de decir, siempre que fuera posible, la franca verdad. De costumbre, en esos momentos abrían mucho los ojos, de una manera peculiar.

Una vez por mes, pero nunca el mismo día, venía un inspector, para revisar mi libro de asientos, llevarse el dinero recibido y —aunque no siempre— pagarme el sueldo. La vispera, los que lo habían dejado en la estación anterior solían anunciarme su llegada. Consideraban ese aviso como el favor más grande que podían hacerme, aunque naturalmente yo siempre tenía mis papeles al día. Por otra parte esto no me costaba ni el más mínimo esfuerzo. No obstante, el inspector entraba siempre en la estación decidido a descubrir alguna prueba de mi mala administración. Abría la puerta empujándola con la rodilla, y al mismo tiempo me miraba fijamente. Apenas abría el libro, encontraba un error. Yo tardaba muchísimo en demostrarle, repitiendo nuevamente todo el cálculo, que no era yo, sino él quien se había equivocado. Siempre estaba disconforme con la suma percibida; cerraba bruscamente el libro, y volvía a dirigirme una mirada penetrante.

—Tendremos que cerrar el ferrocarril —decía siempre.

—No quedará otro remedio —contestaba yo habitualmente.

En cuanto terminaba la revisión, nuestra relación se transformaba. Yo siempre tenía preparado un poco de coñac, y si podía, algún fiambre o golosina. Brindábamos; él cantaba con voz pasable, pero siempre las mismas dos canciones; una era triste y empezaba: “¿Adónde vas por el bosque, criaturita?”, la otra era alegre y comenzaba así: “Soy vuestro, alegres compañeros”. Según el humor que yo conseguía suscitarle, era mayor o me-



nor la parte de mi salario que lograba sacarle. Pero solamente al principio de estos encuentros yo lo observaba con alguna intención determinada; porque luego nos sentíamos muy unidos, maldecíamos descaradamente a la Compañía, él me susurraba misteriosamente en el oído promesas relativas a la gran carrera que proyectaba para mí, y finalmente caíamos abrazados sobre la tarima, abrazos que a veces duraban más de diez horas. A la mañana siguiente, volvía a ser mi superior, y se iba. Yo me quedaba junto al tren y le hacía la venia, y él, generalmente al subir, se volvía por última vez hacia mí y me decía:

—Así que dentro de un mes volveremos a vernos, amiguito. Ya sabes cuál es tu obligación.



ODAVIA veo su cara hinchada, dificultosamente vuelta hacia mí, una cara donde todo era protuberante, las mejillas, la nariz, los labios.

Ese era el gran acontecimiento del mes, el día de licencia; si por descuido quedaba un poco de aguardiente, me lo bebía inmediatamente después de la partida del inspector, a veces todavía resonaba la campana de la partida y ya el licor me bajaba por la garganta. Después de una noche, semejante, la sed era terrible; me parecía sentir dentro de mí otro hombre que asomaba la cabeza y el cuello por mi boca, pidiendo a gritos un trago.

El inspector se salvaba porque siempre llevaba consigo, en el tren, una abundante provisión de bebidas, en cambio yo debía conformarme con los restos.

Pero luego no bebía nada durante todo el mes; tampoco fumaba; cumplía con mis obligaciones y no me interesaba nada más. Como ya dije, no había mucho trabajo, pero lo cumplía concienzudamente. Por ejemplo, tenía la obligación de limpiar e inspeccionar diariamente las vías, hasta un kilómetro a cada lado de la estación. Pero yo no me atenia estrictamente a esos límites, y a menudo me iba mucho más lejos, tan lejos, que apenas divisaba la estación. Cuando el tiempo era bueno, eso sólo ocurría a unos cinco kilómetros de distancia, tan llano era el terreno. Cuando me encontraba tan lejos que la casilla era apenas un resplandor en la lejanía, mis ojos experimentaban a menudo la ilusión de ver muchos puntitos negros que se movían hacia mi casa. Eran verdaderas multitudes, verdaderos regimientos. Pero a veces iba realmente alguien, y entonces yo volvía corriendo, con el hacha al hombro, durante todo ese largo trayecto.

Hacia el anochecer ponía fin a mis obligaciones, y me encerraba definitivamente en mi cabaña. De costumbre, a esa hora no venían visitas, porque era un poco peligroso volver de noche a las aldeas. En la vecindad rondaban toda clase de vagabundos; no eran nativos del lugar, a veces cambiaban, pero de todos modos siempre volvían.

Yo los conocía a casi todos, la solitaria estación los atraía; en realidad no eran peligrosos, pero había que tratarlos con firmeza.

Eran los únicos que me molestaban durante esas largas horas crepusculares. Si no, me quedaba echado sobre mi tarima, sin pensar en el pasado, sin pensar en el ferrocarril; el tren siguiente sólo llegaría entre las diez y las once de la noche; en fin, no pensaba en nada. De vez en cuando leía algún diario viejo, que me habían arrojado desde el tren: los diarios traían todas las habladurías de Kalda, que me habrían interesado, pero que no podía seguir porque me faltaban los números intermedios. Además, en cada edición salía en forma de folletín un trozo de una novela titulada *La venganza del comandante*. Muchas veces soñé con ese comandante, que siempre llevaba una daga en el cinto, y que en una ocasión especial llegó a llevarla entre los dientes. Por otra parte, no podía leer mucho, porque pronto oscurecía y el queroseno o las velas eran absurdamente caras. Una vez por mes el ferrocarril me entregaba medio litro de queroseno, que se me acababa mucho antes del mes, aunque sólo lo utilizaba de noche para iluminar durante media hora la señal, cuando se acercaba el tren. Pero esta luz, por otra parte, no hacía ninguna falta, y más tarde dejé de encenderla, por lo menos en las noches de luna. Preveía perfectamente que pasado el verano el queroseno me haría muchísima falta. Por lo tanto, cavé un pozo en un rincón de la casilla, metí en él un viejo barril de cerveza, embreado, y mes por mes guardaba allí el queroseno que ahorraba. Lo había cubierto de paja, y nadie notaba nada. Cuanto más olía la casilla a queroseno, más contento yo estaba; el olor llegó a ser muy fuerte, porque la madera del barril estaba vieja y rajada. Y se impregnó pronto de queroseno. Más tarde entré el barril fuera de la casilla, por precaución, porque una vez el inspector se vanaglorió de poseer una caja de cerillas, y cuando se la pedí, empezó a tirarlas al aire, encendidas, una tras otra. Ambos, y sobre todo el queroseno, corrimos un verdadero peligro; salvé la situación arrojándome sobre él y estrangulándolo hasta que soltó todas las cerillas.

En mis horas libres pensaba a menudo cómo podía prepararme para el invierno. Si ya me helaba en la época más cálida del año —y según decían, hacía años que no había apretado tanto el calor—, me las vería muy mal durante el invierno. El hecho de ahorrar queroseno sólo era un capricho; lo sensato hubiera sido acumular muchísimas cosas más que necesitaría en invierno; no cabía ninguna duda de que la sociedad no se interesaría personalmente por mi situación, pero

yo era tan insensato, o mejor dicho, no era insensato, pero me interesaba tan poco en mí mismo, que no hubiera sido capaz de hacer ningún esfuerzo en ese sentido. Hasta ese momento, la época estival me resultaba tolerable, con eso me conformaba y no quería ocuparme del porvenir.

Uno de los motivos que me había atraído a esta estación era la perspectiva de la caza. Me habían dicho que era una región que ofrecía enormes posibilidades de caza, y ya había adelantado cierta señal por un arma que pensaba comprarme cuando hubiera ahorrado un poco de dinero. Pero luego resultó que no había ni rastros de animales de caza, sólo aparecían lobos y osos, aunque durante los primeros meses no vi ni uno; fuera de eso, había unas ratas notablemente voluminosas; solía verlas cruzar corriendo las estepas, en grandes cantidades, como impulsadas por el viento. Pero la caza cuya perspectiva tanto me había alegrado, no aparecía. La gente no me había informado mal, existía una región de abundante caza, pero quedaba a unos tres días de viaje de allí; yo no había pensado que en ese territorio, donde había campos deshabitados de centenares de kilómetros de largo, las indicaciones de lugar debían ser necesariamente imprecisas. De todos modos, era evidente que por el momento no necesitaba el arma, y podía emplear el dinero en otra cosa; pero en invierno la necesitaba, sin embargo, y por eso seguía ahorrando para comprarla. En cuanto

a las ratas, que a veces atacaban mis provisiones, me bastaba con mi largo cuchillo.



NA vez, al principio, cuando todavía sentía una gran avidez por captar todo, atravesé una de esas ratas y la sostuve contra la pared, a la altura de mis ojos. Uno sólo se fija con precisión en ciertos animalitos cuando los tiene a la altura de los ojos; en cambio, cuando uno se inclina hacia el suelo para verlos, obtiene de ellos una impresión falsa e incompleta. Lo más notable de estas ratas eran sus uñas, grandes, un poco ahuecadas y, sin embargo, muy afiladas en la punta; muy indicadas para cavar. Con una última contracción, el animalito suspendido en la pared abrió las garras de una manera muy poco natural, parecían manitas tendidas hacia mí.

En general, estos animales me molestaban poco; sólo me despertaban de noche, a veces, cuando atravesaban corriendo el duro piso de la cabaña. Entonces me sentaba en la cama y encendía una velita, y veía las uñas de alguna rata que se afanaba febrilmente por ensanchar desde afuera un agujero en la madera. Era un trabajo absolutamente inútil, porque para excavar un agujero suficientemente grande habría tenido que trabajar días enteros, y apenas aclaraba un poco, la rata se escondía; sin embar-

go, trabajaba como un obrero que sabe lo que quiere. Por otra parte su trabajo era muy eficaz; es verdad que las partículas que volaban bajo sus uñas eran imperceptibles, pero no podía decirse que moviera una sola vez las patas sin obtener algún resultado. A menudo me quedaba mucho tiempo observándolas, de noche, hasta que la uniformidad y la tranquilidad de semejante espectáculo me adormecía. En esos casos, ya no tenía fuerzas para apagar la velita, y ésta seguía alumbrando la labor solitaria de la rata.

Una noche que no hacía tanto frío, oí una de estas ratas, y salí cautelosamente, sin encender la luz, para observarla. Tenía la cabeza, con su puntiagudo hocico, profundamente hundida entre las patas delanteras, para angostarse lo más que podía y meter las garras bien hasta el fondo. Como si alguien hubiera aferrado en el interior de la casilla las patas de la rata y tratara de atraerla hacia el interior, tal era la tensión de su cuerpo. Y, sin embargo, todo terminó con un puntapié, con el cual maté al animal. Perfectamente despierto, no podía tolerar que nadie atacara mi casilla, mi única posesión.

Para protegerla de estos roedores, tapé todos los agujeros con estopa y paja; cada mañana revisaba el piso. También proyecté cubrir de tabloncillos el piso de la cabaña, que era de tierra apisonada; esto sería además muy conveniente para el invierno. Hacía mucho que un campesino de la aldea

vecina, llamado Jekoz, había prometido traerme unas tablas bien estacionadas, y apropiadas para ese fin; con tal motivo, yo me había mostrado siempre muy hospitalario con él; el hombre no dejaba pasar mucho tiempo sin hacerme una visita; cada dos semanas venía a la estación, y a veces hacía envíos por el ferrocarril, pero no me traía nunca los tabloncillos. Se excusaba de mil maneras, casi siempre alegando su vejez, que le impedía transportar semejante carga; por otra parte su hijo, que hubiera podido traerlos, se encontraba en esos momentos trabajando en el campo. Según él, y parecía decir la verdad, tenía mucho más de setenta años; pero era alto y bastante fuerte todavía. Además, sus excusas variaban; en otras ocasiones se refería a la dificultad de conseguir tabloncillos tan largos como los que yo necesitaba. Yo no insistía; no era un asunto de urgencia; por otra parte, era el mismo Jekoz quien me había aconsejado un piso de madera; tal vez un piso semejante no fuera conveniente; en fin, nada me impedía dejar pasar tranquilamente las mentiras del viejo. Mi saludo de costumbre era: "¡Los tabloncillos. Jekoz!". Inmediatamente empezaban las disculpas; en una especie de balbuceo, me llamaba inspector, o capitán, o también telegrafista; no sólo me prometía traerme los tabloncillos la próxima vez, sino también, con la ayuda de su hijo y de algunos vecinos, deshacer mi casilla y construirme una sólida casa en su lugar. Yo lo escuchaba hasta que empezaba a cansarme; luego lo echaba. Pero todavía en la puerta intentaba disculparse una vez más, alzando los brazos, al parecer tan débiles, y que en realidad habrían podido estrangular a cualquiera. Yo sabía por qué no traía los tabloncillos; seguramente pensaba que cuando el invierno fuera más inminente yo necesitaría las maderas con más urgencia, y le pagaría más por ellas; además, mientras no me las entregara, yo lo trataría mejor. Por supuesto, no era tonto; sabía que yo adivinaba sus recónditos motivos, pero el hecho de que yo no aprovechara ese conocimiento le parecía una ventaja más, y trataba de conservarla.



ERO todos los preparativos proyectados para defender la casilla de los animales y defenderme a mí mismo del invierno tuvieron que interrumpirse cuando me enfermé seriamente; esto ocurrió cuando ya terminaba mi primer trimestre de servicios. Hacía años que no me enfermaba, que no sufría ni la más ligera indisposición, pero esta vez me enfermé realmente. Empezó con una fuerte tos. Tierra adentro, a



unas dos horas de la estación, había un arroyito, donde yo solía ir a buscar mi provisión de agua con un barril en una carretilla. También me bañaba en él, a veces; la tos fue consecuencia de uno de estos baños. Los accesos eran tan fuertes, que tenía que doblarme en dos; me parecía imposible resistir, a menos que me doblara para concentrar mejor mis fuerzas. Pensé que el personal del ferrocarril se aterraría ante mi enfermedad; pero ya la conocían: la llamaban la tos de lobo. Desde ese momento empecé a discernir los aullidos a través de los espasmos. Me sentaba en el banquito frente a la estación; recibía al tren con un aullido, y con un aullido lo despedía. De noche me arrodillaba sobre mi tarima, en vez de acostarme, y hundía la cara en las pieles, para tratar por lo menos de no oír mis aullidos. Tenso, esperaba que la rotura de alguna arteria importante pusiera fin a todo. Pero no ocurrió nada de eso, y después de unos días se me pasó la tos. Hay un té que la cura; uno de los maquinistas de la locomotora prometió traérmelo, pero me explicó que hay que tomarlo exactamente ocho días después de la iniciación de los accesos; si no, no sirve de nada. En efecto, al octavo día me lo trajo;



recuerdo que además del personal del tren también entraron en mi casilla dos pasajeros, dos jóvenes campesinos, ya que se considera de muy buen augurio oír la primera tos del enfermo inmediatamente después de beber este té. Bebí, tosi el primer trago en la cara de los presentes, e inmediatamente me sentí bastante mejor, aunque debo reconocer que en los dos últimos días mi estado había mejorado en forma apreciable. Pero me quedó un poco de fiebre, y ya no puede hacerla desaparecer.

Esta fiebre me cansaba mucho; perdí toda capacidad de resistencia; a veces, inesperadamente, el sudor me cubría la frente, todo mi cuerpo temblaba, y me veía obligado, estuviera donde estuviera, a acostarme y quedarme quieto hasta recobrar el sentido. Comprendí claramente que no mejoraba, que en realidad empeoraba, y que me era absolutamente necesario ir a Kalda y quedarme allí unos días, hasta que mi estado me permitiera volver. (DIARIOS, 1914.) ■

II: Max Pechstein: "Estación". III: Frans Masereel: "Maquinista". IV: Georg Scholz: "Caseta de guardabarras" (1925). V: Gustav Kampmann: "Ferrocaril".

Cronología de una vida

- 1883 Nace el 3 de julio en Praga.
- 1901 Termina los estudios en el Gymnasium, inicia los estudios superiores, pasa por Munich.
- 1902 Inicia la correspondencia con Oskar Pollak. En el verano, Liboch (Silesia).
- 1905 y 1906: Durante el verano, en Zuckmantel.
- 1906 Se recibe de doctor en Derecho en la Universidad de Praga. En el verano, en Triesch, en casa de su tío, médico rural (el doctor Siegfried Löwy). En octubre empieza a trabajar en la compañía Assicurazioni Generali.
- Antes de
- 1907 Escribe *Descripción de una lucha y Preparativos de bodas en el Campo*. Otras obras juveniles (perdidas).
- 1908 Entra en la compañía de Seguros Obreros.
- 1909 Publica en la revista *Hyperion* dos trozos de *Descripción de una Lucha*. En septiembre Riva, Brescia, con Max y Otto Brod. Publicación de *Los aeroplanos en Brescia* en el diario de Praga, *Bohemia*.
- 1910 Publica en *Bohemia* diversos trozos luego incluidos en *Contemplación*. Empieza los cuadernos en cuarto (diarios). La compañía judía de teatro. En octubre, París (con Max y Otto Brod).
- 1911 Enero y febrero en Friedlan y Reichenberg. En verano, Zurich, Lugano, Milán, París, con Max Brod. Luego Erlenbach, cerca de Zurich (solo). Diarios de viaje.
- 1912 Publicación en el periódico literario *Die Herderblätter* de *El primer viaje largo en tren*, primer capítulo de *Ricardo y Samuel*. Empieza la novela *El desaparecido (América)*. En el verano, Weimar (con Max Brod), luego solo en Jungborn, en el Harz. Conoce el 13 de agosto a F. B. El 14 de agosto entrega a la editorial Rowohlt el manuscrito de *Contemplación*. *La condena*. *La Transformación*.
- 1913 Aparece *Contemplación* (enero), en la editorial Rowohlt. En mayo aparece *El fogonero*, primer capítulo de *América*. Publicación de *La condena* en el anuario literario *Arkadia*. Labores de jardinería en Troja, cerca de Praga. Va solo a Viena, Venecia, Riva. La suiza.
- 1914 Compromiso formal con F. B., en Berlín, a fines de mayo. Bosquejos preliminares de *El castillo* (diario, 11 de junio). Trabaja en *El proceso*, *La colonia penitenciaria*. En Hellerau, Lübeck, Marienlyst (parte del viaje con Ernst Weiss); estalla la

guerra. Preocupaciones adicionales provocadas por la fábrica del cuñado. Ruptura del compromiso.

Escribe *El topo gigante*.

- 1915 Reanuda las relaciones con F. B. Publica *La transformación*. Trabaja en *El proceso*. Recibe el Premio Fontane por *El fogonero*. Se muda de la casa paterna a un cuarto alquilado, en Praga (primero en Bilková, luego Dlouhá trida).
- 1916 En julio, con F. en Marienbad. Escribe algunos cuentos de *Un médico rural*. Lectura pública en Munich (noviembre).
- 1917 Se muda a la Alchemistengasse, luego al Palais Schönborn. Sigue trabajando en los cuentos de *Un médico rural*. Segundo compromiso en julio. El 4 de septiembre comprueba su tuberculosis. Se va a Zúrau. El 12 de septiembre, licencia por enfermedad. Estudia a Kierkegaard. Aforismos (cuadernos en octavo). Segunda ruptura del compromiso en diciembre, en Praga.
- 1918 Zúrau. Praga. Turnau. Silesia. Escribe *La construcción de la Muralla China*.
- 1919 Aparece *Un médico rural*. Editorial Kurt Wolff. La señorita J. W. (Silesia). Praga. *Carta al padre*. En Silesia, con Max Brod. Aparece *La colonia penitenciaria*.
- 1920 Meran, Austria. La señora Milena Jesenska. Vuelve a trabajar en la oficina. Fin de año en Tatra. Robert Klopstock.
- 1921 Tatra. Praga. La señora Milena. Escribe *El castillo*. Publicación de *El jinete en un balde*, en el *Prager Presse*.
- 1922 Spindlermühle. En febrero, nuevamente en Praga. El 15 de marzo lee partes de *El castillo*. Hacia fines de junio, Planá, sobre el Luschnitz, con su hermana Ottila. Praga. Publicación de *Un artista del hambre* en *Die Neue Rundschau*.
- 1923 En julio, Müritz. Conoce a Dora Dymant. Se va con ella a Berlín. Silesia. Fines de septiembre: Berlín-Steglitz. Zehlendorf. Escribe *La madriguera*, *Josefina*, tal vez *Investigaciones de un perro*. Entrega a la imprenta los cuatro cuentos de *Un artista del hambre* (Editorial *Die Schmiede*).
- 1924 En Berlín hasta el 17 de marzo. Praga. El 10 de abril se va al sanatorio Wiener Wald. Clínica del profesor Hajek en Viena. Luego al sanatorio Kierling, cerca de Viena, con Dora y Robert Klopstock. Muere el 3 de junio. Es enterrado en Praga.